

ciones y martirios que padecer; pero no importa: la redencion se hará. La verdad, triunfará del error; la libertad, de la tiranía; la conciencia, de los anatemas; fundándose, para siempre, la sociedad, sobre las incommovibles bases de la razon y del derecho.

JUAN GARCIA AL-DEGUER.

¡¡POBRE AVECILLA!!!

NOCTURNO.

A quien la voz de la razon no escucha,
Al que arrastrar de la pasion se deja
Y con ella no lucha,
Mi voz hoy aconseja
Con aqueste, ¡oh lector! trágico ejemplo.
Era de noche; el solitario templo
Silencioso en la sombra se envolvía;
Pálida, vacilante,
Del claústro al fin, las góticas molduras
Con débil resplandor iluminaba
Una que de la bóveda pendia
Lámpara solitaria agonizante....
Lo demás de la iglesia estaba á oscuras.
En ráudos giros el espacio hendia
Melancólica y nitida lechuza,
Buscando al hambre apetecible alivio
En la mugrienta y olvidada alcuza
O de la luz en el aceite tibio.
Giraba en la penumbra, recelosa,
Cual gira en torno á rosa purpurina,
Pintada mariposa
Encanto del vergel. ¡Oh qué deleite
Soñaba la avecilla solitaria
El aroma aspirando del aceite!...
Pero el calor la arredra,
Y la gula venciendo, una plegaria
Murmura, la alba pluma acariciando,
De la cornisa en la elevada piedra.
De allí mira anhelante
Retorcerse la llama vacilante:
Ya estinguirse del todo parecia
Y el ave respiraba,
Y soñando una orgia
Impaciente sus alas entrecabria,
Pero otra vez la luz se reanimaba
Y el pábilo maldito
Nuevo fulgor lanzaba....
El temor de abrasarse la detiene....
¿Vencerá la razon ó el apetito?
Indecisa vá y viene;....
Pero el hambre voraz la precipita
Y abriendo al fin sus alas,
Hiende el espacio hácia la luz maldita,
En el verde licor mete el hocico,

Pero al sacarlo se achicharra el pico.

De entonces dolorida
Llora sus ilusiones,
Enseñando, oh lector, que en esta vida
Es preciso vencer nuestras pasiones.

G. FLORES.

DOLORA.

Cuadros de artistas de gran renombre,
De bronce y mármol bellas estátuas,
Jarros de Sevres, grandes espejos,
Sobres las mesas joyas de plata:
Y allí escondida entre los muelles
De una butaca,
Una señora jóven y hermosa,
Que un fino lienzo llena de lágrimas.
Están sus ojos cual luz que espira,
La blanca frente marchita y pálida,
Y todo el lujo que la circunda,
Diera la madre desconsolada,
Por solo un beso del puro ángel
Que hácia la gloria tendió sus alas.
No hay en la tierra dicha cumplida,
No cura el oro males del alma.

Lujosa estancia de un opulento,
Muebles de ébano con finas tablas,
Cajas de hierro que los valores
Fieles defienden de mano airada.
Muchos criados con gran librea,
Casi temblando la puerta guardan,
Que está el banquero como la fiera
Que le arrebatan
Toda la presa que á sus cachorros
Les preparaba.
Ciego de ira, desesperado
Jura mil veces borrar la mancha,
Que infiel esposa, lanzó perjura
Sobre su honra, sobre su fama.
No hay en la tierra dicha cumplida
No cura el oro males del alma.

Sobre una losa de mármol negro
Ducal corona se vé grabada,
Y entre las cintas están escritos
Todos los títulos de que gozaba
El personaje, que fué en la vida
Una lumbrera de nuestra pátria.
Circuye el túmulo verja de hierro,
Ricas coronas se ven colgadas,
Llora una jóven al noble padre,
Y con sus lágrimas
Riega las flores que ella ha sembrado.
Sola en el mundo la millonaria,
Entre suspiros, dice con pena,
"No cura el oro males del alma!"

Un crucifijo sobre una mesa
Sencilla y pobre como la cama,

